



Taylor, Charles, *El futuro del pasado religioso* (trad. esp. Sonia E. Rodríguez García). Madrid, Editorial Trotta, 2021, 304 pp. ISBN: 978-84-9879-850-0.

*El futuro del pasado religioso*, del eminente autor canadiense Charles Taylor, y recientemente vertido al castellano en traducción de Sonia E. Rodríguez García, representa un hito contemporáneo de inigualable frescura y actualidad en la todavía hoy muy viva –y esto, en parte, se lo debemos a él– disciplina de la filosofía de la religión. A lo largo y ancho de los dieciséis capítulos que conforman el presente volumen, fruto de diversos artículos y conferencias<sup>1</sup>, Taylor ensaya con soltura y singular intrepidez intelectual una de sus facetas más personales y controvertidas: el análisis del proceso de secularización que viene experimentando Occidente desde la modernidad hasta nuestros días, y de las numerosas implicaciones políticas, morales, y espirituales de un proceso histórico complejo, pleno en matices, en zigzagueantes avances y retrocesos, cuyo alcance configura todavía hoy la realidad de nuestro presente religioso. Sendero difícil, por cierto, apenas practicado (ni practicable) por la mayoría de científicos y filósofos de nuestra actualidad, y apenas transitable, qué duda cabe, sin el ejercicio de la honesta crítica y el abandono de ciertos ilustrados ideales que socavan con fatal insistencia cualquier horizonte de sentido humano.

El proceso de secularización de Occidente va de la mano de un progresivo pero radical desencantamiento del mundo. El cristocentrismo medieval dará lugar en la era de la Reforma a una profunda devaluación de las prácticas religiosas comunitarias, con particular énfasis en el rechazo del ritual y la magia. La comunión con Dios se torna personal, íntimamente comprometida; la alianza con el ser supremo se interioriza, se individualiza, y todo lo que pueda comprometer la omnipotencia divina –sea ello en forma de sacramentos, magia o brujería– es sistemáticamente perseguido. Dios, Cristo, ya no admite intermediarios. La religión ha de ser personal o no ser. Y esto tal vez se deba al hecho singular de que el sujeto moderno es un ser profundamente alienado del mundo. El giro cartesiano ha marcado la brecha capital, fundado –aunque quizá solo como elocuente síntoma– la escisión: *cogito* y mundo, dualismo radical, primacía de la subjetividad. Si el individuo de las sociedades antiguas era vulnerable a todo tipo de fuerzas exteriores, de agentes demoníacos y espirituales, de objetos mágicos y otras sutiles fuerzas intra-cósmicas (de ahí la celebrada etiqueta tayloriana del *yo poroso*), amén de su activa participación en los rituales de una comunidad en la que su misma identidad estaba inserta, el sujeto moderno es, por el contrario, un ser profundamente desvinculado, irremisiblemente desencantado del

<sup>1</sup> Nos centramos aquí en uno de ellos, piedra de toque del volumen original en inglés *Dilemmas and Connections: Selected Essays*, 2014: el artículo titulado “The future of the religious past”, que da nombre a la versión castellana recientemente publicada en Taylor, C., 2021, *El futuro del pasado religioso*, (trad. Sonia E. Rodríguez García), Madrid..

mundo: un *yo obliterado*<sup>2</sup> cuya sola razón ejerce absoluta soberanía y a quien el mundo exterior apenas roza, porque ha perdido su fuerza trascendente y con ella, la capacidad generadora de sentido.

La identidad de este *yo obliterado* va lenta pero firmemente asentándose sobre la base de una progresiva des-identificación: desidentificación del sujeto con respecto a su mundo, a sus prácticas comunitarias, pero también con respecto a Dios y al orden trascendente. Como apunta Taylor, la no-creencia (en la trascendencia) surge en estrecha simbiosis a la habitabilidad de un orden de la pura inmanencia inmanencia basado en la idea moral del bien común y el mutuo beneficio de individuos libres. Este intento de rehacer el orden social a través del «individuo» es en principio atribuible a los intentos cristiano-estoicos de los teóricos de la ley natural de comienzos del siglo XVII –de un Justo Lipsio o un Grocio–, pero la crítica kantiana será cuando menos decisiva en esta radical identificación de Dios con el orden moral de la inmanencia, y la creencia en lo trascendente pasará a verse como el infantil contenido de esa minoría de edad que el hombre moderno está llamado a superar. La ciencia post-newtoniana, y también el mismo Newton, contribuyen en gran medida a este proceso emancipador: Dios, el gran ingeniero, *se manifiesta* en el mundo a través de su diseño; la belleza y regularidad del cosmos dan cuenta de su presencia inmanente, y paralelamente a ello, la moralidad o «moralismo» que el orden social va estableciendo con rigor disciplinario dará lugar al culto de la vida en el *más acá*, concibiendo el progreso y el florecer humanos dentro de los límites de la pura razón y de una «pagana autoafirmación» en detrimento de los valores clásicos de abnegación cristianos: voluntad de poder en Nietzsche, rotundo gesto de autoafirmación en Ibsen, entre otros. La industriiosidad, la templanza y una casta virtuosidad se erigen ahora en ideales sustentadores de este nuevo orden moral moderno, que en sus intentos reformistas ha visto experimentar a lo largo de la historia de la humanidad grandes transformaciones desde que la revolución de las religiones post-axiales (Platón, Sócrates, Buda) viniera a trastocar la ingenuidad del mundo dado haciendo uso de la crítica sistemática y de un cuestionamiento radical del concepto mismo del *bien* humano.

Pero el elemento diferenciador de esta nueva moralidad estriba, para Taylor, en su radical individualismo. La nueva moral, emancipada de la religiosidad y la comunidad, nace ahora exclusivamente desde y para un sujeto atómico: el individuo libre, capaz de actuar en sociedad en pos del mutuo beneficio. En el imaginario social de la inmanencia, la declarada renuncia a toda jerarquía, la nítida separación Iglesia-Estado, y hasta el ejercicio fáctico de la democracia pueden entenderse como un rechazo abierto a la idea misma de trascendencia. Todo esto nos lleva a otra importante distinción tayloriana, establecida en base a la relación socio-antropológica del individuo con la comunidad; y más concretamente, en su relación de pertenencia al grupo y a una determinada confesión religiosa. El modelo *paleo-durkheimiano* se corresponde en esta taxonomía a las formas típicas del antiguo régimen, donde la conexión con lo sagrado exigía la pertenencia del individuo a una determinada confesión religiosa *coextensiva* con la sociedad jerárquica en su conjunto. El modelo *neo-durkheimiano*, del que los Estados Unidos de América es

<sup>2</sup> Utilizamos aquí la expresión de «yo obliterado» que, siguiendo la traducción de Sonia E. Rodríguez, corresponde bellamente al término original en inglés «*bufferd self*».

todavía hoy ejemplo paradigmático, corresponde con una mayor flexibilidad en tal identificación, con un sentido de pertenencia a una Iglesia nacional que bien puede admitir modalidades elusivas o incluso ambiguas. Pero lo importante aquí es el hecho de que la pertenencia a una determinada confesión religiosa sigue siendo el elemento esencial y legitimador de una identidad nacional y/o política. En el modelo *post-durkheimiano*, en cambio, ya se ha disuelto todo vínculo político-nacional. Europa, siempre tan reacia a cualquier declaración de trascendencia, es un buen ejemplo de ello, y la cantidad de personas que a día de hoy se declaran agnósticas o ateas en nuestro continente contrasta singularmente con la resignada comodidad con la que muchos americanos abanderan el lema «One Nation under God». Intuitivamente señala Taylor algunas de las pistas que la historia reciente nos ofrece para comprender el sentir de la «excepción americana». Y es que, aunque las categorías mencionadas más arriba no se den nunca de forma pura, pueden sin embargo servirnos de orientación en ese laberíntico sendero que da forma y perfila el futuro de nuestro pasado religioso.

La era de la movilización solo ha sido parcialmente superada por nuestra actual era de la autenticidad y del individualismo expresivo. Una profunda ambivalencia permanece todavía. Fuera de Occidente, en algunas sociedades islámicas, el modelo neo-durkheimiano pervive con la fuerza arrolladora del fundamentalismo, y nuevas formas categoriales de identificación política reviven actualmente modelos contemporáneos de extremismo monoteísta análogos a las Cruzadas y la Inquisición, todo ello por no nombrar los crímenes cometidos recientemente en nombre del hinduismo o la «pacífica» religión budista. En la era abrumadoramente moral que resulta ser la nuestra, hija de la revolución cultural de los años 60, ciertos prejuicios ilustrados nos abocan una vez más a la sempiterna dialéctica del «chivo expiatorio». Mientras esa esencial búsqueda de sentido, elemento humano constitutivo, va separándose de su clásico modo de pertenencia, nuevas formas de experimentar la espiritualidad y la religiosidad se abren camino, alejadas ya de modelos clásicos y encasillamientos eclesiásticos. Desde los movimientos *New Age* a las prácticas que combinan terapia y espiritualidad, o las experiencias psicodélicas que permiten (y prometen) un autoconocimiento próximo a la revelación mística, lo cierto es que las nuevas formas de entender y vivir la religión, y con ella la eterna búsqueda de *trascendencia* (o de *trascendente inmanencia*) lejos de haber perdido su sentido, apuntan hacia un futuro de nuestro pasado religioso mucho más rico y prometedor de lo que habíamos imaginado nunca. Y es más que probable, apunta Taylor, que dichas prácticas futuras, en buena medida ya presentes, vean emerger formas sofisticadas de espiritualidad cada vez más individualizadas, centradas en la búsqueda del sentido personal, la autotrascendencia y el desarrollo del individuo, muy alejadas de antiguas y rituales comunitarios ortodoxos.

Con la rigurosidad y profundidad conceptual del filósofo y la abrumadora capacidad del buen historiador para el manejo y análisis de datos, Taylor va desgranando a lo largo de sus páginas un mito demasiado familiar, demasiado cercano y próximo, tanto que sus orígenes y vericuetos históricos permanecen en la más densa oscuridad para el común de los lectores. Pero poco a poco una luz se va mostrando. Es la luz del sentido, tan necesaria en tiempos de oscuridad, tan elusiva siempre, pero tan profundamente enraizada en la sensibilidad humana que su búsqueda resulta siempre una tarea necesaria a la par que desesperadamente exigente. Los caminos y senderos de esta búsqueda podrán ser personales o colectivos, afianzados en la tradición o en

la ruptura, en el conocimiento de sí o en el conocimiento de *algún otro*, pero lo que queda claro es que después de arduas luchas y dilemas, el ser humano no puede escapar a esa exigencia, a esa imperativa llamada, impuesta quizá desde algún lejano y desconocido lugar: la llamada a trascenderse a uno mismo, a otorgar sentido a aquello que *merece* el mayor de los sentidos.

Alejandra Garralaga de Foronda  
U.N.E.D.